

#2

Documento de Trabajo del IPES
Estudios comparados

“Las claves generacionales de la
integración y exclusión social:
adolescencia y juventud en Uruguay y
Chile en los albores del siglo XXI”

Fernando Filgueira / Ruben Kaztman / Federico Rodríguez

IPES


**Universidad
Católica**
DAMASO A. LARRAÑAGA • URUGUAY



CDD 300
ISSN: 1510-5628

Serie Documentos de Trabajo del IPES / Colección Estudios Comparados N°2

Las naciones presentan diferentes niveles de desarrollo social, diferentes estructuras de oportunidades así como diversos grados y tipos de pobreza y exclusión. A su vez enfrentan estos desafíos de manera diversa. Esta serie pretende ofrecer panoramas comparados de desarrollo social y extraer lecciones de dichas comparaciones que permitan a la comunidad académica y a los tomadores de decisión conocer mejor las realidades nacionales, sus niveles relativos de desarrollo y las causas detrás de logros y problemas del desarrollo humano.

Programa IPES
Facultad de Ciencias Humanas
Universidad Católica del Uruguay
Dep. Legal 326.861

© 2005, Universidad Católica del Uruguay

Para obtener la autorización para la reproducción o traducción total o parcial de este documento debe formularse la correspondiente solicitud a la Universidad Católica del Uruguay (IPES), solicitud que será bien acogida. No obstante, ciertos extractos breves de esta publicación pueden reproducirse sin autorización, con la condición de que se mencione la fuente.

**LAS CLAVES GENERACIONALES DE LA
INTEGRACIÓN Y EXCLUSIÓN SOCIAL:
ADOLESCENCIA Y JUVENTUD EN
URUGUAY Y CHILE EN LOS ALBORES
DEL SIGLO XXI**

**Fernando Filgueira
Ruben Kaztman
Federico Rodríguez**

PRÓLOGO

Cuando se comparan con otros campos disciplinarios las ciencias sociales no se destacan por su capacidad predictiva. Esa capacidad es particularmente débil en el caso de la sociología, a diferencia, por ejemplo, de la economía y la demografía. Pero en el marco de esa debilidad, los sociólogos suelen ser más exitosos cuando hacen inferencias a nivel individual que cuando lo hacen a nivel agregado, y cuando lo hacen a partir de la asociación de variables en el presente, que cuando parten de la asociación de tasas de variación en el tiempo. Así, serán bastante exactos en inferir el nivel de ingresos actual de un individuo en base al conocimiento de sus años de estudio. En el caso de inferencias sobre los ingresos futuros, la exactitud será menor, pero siempre mayor que cuando se plantean predicciones a nivel agregado.

Cuando se trata de países, y puestos ante la demanda de plantear posibles escenarios futuros, es usual que el sociólogo recurra a una de tres estrategias: que construya ese escenario a partir de un análisis comparado de países en un punto en el tiempo, bajo el supuesto que estos se encuentran en fases diferentes de procesos generales (por ejemplo, los de modernización); que proyecte las tendencias que surgen del examen de la evolución histórica del país¹; o que combinen elementos del primer análisis (sincrónico) con elementos del segundo (diacrónico). Pero las inferencias que resultan de la aplicación de estas estrategias son en general criticadas con acierto, no porque sean erróneas las relaciones estadísticas sobre las que se apoyan, sino porque las afirmaciones causales que se construyen sobre esas relaciones exhiben problemas lógicos (falacias de nivel de agregación, de eslabonamiento temporal, y de simetría de causalidad)², que ponen en cuestión su validez.

Existe alguna estrategia que permita abordar el problema predictivo superando estas deficiencias o reduccionismos?. Creemos que la clave generacional, combinada a un modelo de análisis que observa tanto las características de las estructuras de oportunidades a nivel agregado, como, a nivel individual y familiar, la forma en que se eslabonan los niveles de bienestar en distintas etapas del ciclo de vida, arroja buenas pistas para avanzar en esta dirección. En otras palabras, si poseemos teorías adecuadas acerca de como se eslabonan en la vida de los individuos los niveles de bienestar, y si contamos además con teoría y evidencia acerca de como la estructura de oportunidades distribuye el bienestar en términos generacionales, estaremos en mejores condiciones para enfrentar el desafío de hacer inferencias sobre el bienestar futuro de los países.

En este artículo nos proponemos iniciar este camino. Esto es, más allá de los hallazgos e hipótesis concretas que se manejan sobre Chile y Uruguay, este

¹ El analista puede recurrir a otra estrategia, por ejemplo, indicando que de producirse tal o cual tasa de crecimiento o de elegirse tal o cual modelo de desarrollo, éste o aquel será el resultado más probable para el país. La reducción a la variable predictiva económica, sin embargo, vacía a la sociología de lógicas causales inherentes

² Para una excelente discusión de estos problemas ver Lieberman, Stanley (1985), *Making it Count, The improvement of Social Research and Theory*. University of California Press, Berkeley and Los Angeles, California.

documento también se propone como un ejercicio para poner a prueba la utilidad del abordaje aquí elegido para repensar los posibles futuros sociales de estas naciones.

INTRODUCCIÓN

1.

Chile y Uruguay se destacan en el escenario latinoamericano por sus estadios avanzados en la transición demográfica, por su temprana industrialización y también por su relativamente temprana universalización de la cobertura urbana de prestaciones sociales. A lo largo de su historia, y en un escenario regional caracterizado por la deuda social, estos dos países exhibieron valores de esperanza de vida relativamente altos, baja mortalidad infantil e importantes logros educativos. Asimismo, durante los años noventa presentan, en comparación al resto de América Latina, mejorías claras en sus indicadores sociales básicos. Esas mejorías se reflejan, entre otras áreas, en las tendencias a la baja en la mortalidad infantil, la pobreza y las necesidades básicas insatisfechas.

Pese a estas similitudes, históricas y recientes, tanto del imaginario colectivo como de informes sobre estas sociedades surgen diferencias muy importantes. En efecto, a pesar de sus importantes niveles de desarrollo social y económico, Chile siempre fue descrita como una sociedad marcadamente estratificada. En algunos casos, se atribuyeron a su estructura social vestigios de exclusión propios de las naciones latinoamericanas del Pacífico, en las que los matices étnicos ordenan y estratifican al punto de generar compartimentos estancos. En otros, se la describió como una sociedad de baja movilidad social, sea esta intrageneracional o intergeneracional, con fuertes barreras culturales y simbólicas a la interacción entre los diferentes estratos. En contraste, durante buena parte del siglo XX Uruguay constituyó el caso desviado latinoamericano. Étnicamente homogénea, con el más alto nivel de urbanización en la región, con bajos niveles de desigualdad y con pautas culturales que enfatizan la pertenencia y los sentimientos de ciudadanía, a lo que se suma un temprano “welfare” de carácter universal y un sistema educativo público fuertemente homogeneizante, el pequeño país del sur ha sido denominado como una “sociedad de cercanías”. Cercanías sociales, económicas, culturales y aún políticas

Son estas imágenes disímiles la que este artículo procura cuestionar, o más exactamente, modificar. Argumentaremos y procuraremos explicar el giro social de estos dos países. Chile, incrementando en los albores del siglo XXI su capacidad integradora, aún sobre bases sumamente desiguales. Uruguay, preservando una sociedad de cercanías solamente en la población que se encuentra más cerca del final que del principio de la vida. En la población infantil, adolescente y joven, la sociedad de cercanías parece haberse trizado, y el espejo arroja una realidad que, sin haberse fragmentado definitivamente, muestra signos claros de discontinuidad, y aún de exclusión social, en segmentos importantes de los más jóvenes.

Es cierto que Chile persiste como sociedad estratificada y fuertemente desigual - de hecho presenta el coeficiente de Gini más alto de la región luego de Brasil. Sin embargo, a pesar de mantener barreras simbólicas a la interacción entre clases y estratos, el país parece avanzar hacia un modelo de sociedad fuertemente estratificada pero moderadamente integrada. Esto quiere decir que, tanto en sus pautas culturales como en su orientación y posibilidades de incorporación a los circuitos sociales principales, los chilenos son hoy más iguales que antes, aún cuando esos circuitos admitan un fuerte ordenamiento, no solo de nivel económico, sino también de status social. Tal vez lo que resulta más importante en lo que tiene que ver con sus futuros adultos, esto es, con sus adolescentes y jóvenes actuales, Chile presenta un escenario que, sin carecer de importantes desafíos, es ciertamente más alentador que aquél que presenta Uruguay.

En lo tocante a Uruguay, también es cierto que una parte importante de su población pertenece aún a la sociedad de cercanías a que se hiciera referencia, y que aun hoy presenta niveles de desigualdad bajos en el contexto regional. Y también es cierto que sigue siendo una sociedad con baja tolerancia a la desigualdad. Sin embargo, en sus niños, adolescentes y jóvenes se atisba, y por momentos se manifiesta, una sociedad muy distinta a la imagen idealizada del pasado. Los problemas de empleo entre los jóvenes, un estado social orientado a la tercera edad, y la presencia de una estructura familiar que en los sectores de menores ingresos combina los aspectos más problemáticos de la segunda transición demográfica sin haber solucionado los propios de la primera, empiezan a producir una generación partida, de los que estarán dentro y los que estarán fuera del sistema social, económico y normativo. Las usinas del bienestar de Chile y Uruguay parecen estar gestando sociedades que ya no permitirán arribar a los juicios que emergían del contraste de estos países en el pasado.

La evidencia primaria que da origen a nuestras preocupaciones es simple. En tanto Uruguay presenta la peor brecha intergeneracional de la pobreza en la región (sobrerepresentación de pobreza infantil y adolescente), Chile presenta una brecha importante al inicio de los noventa, pero logra disminuirla a niveles moderados a finales de los noventa, período en el cual, en cambio, Uruguay la amplía³.

Las páginas que siguen procuran documentar y explicar las diferencias recién señaladas en las tendencias en materia de brecha intergeneracional en Uruguay y Chile. También buscan avanzar en la comprensión de los grados y razones por las cuales las situaciones de riesgo social de los adolescentes uruguayos se traducen, más marcadamente que en el caso de sus pares chilenos, en comportamientos de riesgo.

³ Ambos países finalizaban el siglo 20 con cifras de pobreza parecidas, pero con trayectorias generacionales distintas. Uruguay inició la década del noventa con una pobreza general del 25% que descendió levemente al 23.1% en 1998, pero su pobreza adolescente prácticamente no se modificó, pasando del 35.9% al 35.1%. Para 1990, en cambio, Chile presentaba cifras del 38.6% de población pobre, las que al final del siglo se redujeron casi 17 puntos porcentuales, alcanzando un 21.7%. Pero la pobreza adolescente bajó aún más, del 48.7% al 28.2%. De este modo, si bien partiendo de niveles significativamente más altos, ya en 1990 la brecha generacional era menor en Chile que en Uruguay (8.4% contra 11%), pero las diferencias entre esas brechas se hicieron aún mayores al final del siglo, siendo en Chile de tan sólo 6.5% mientras que en Uruguay se incrementa del 11 al 12 por ciento.

Los elementos centrales para responder a los interrogantes planteados se despliegan en las cuatro partes siguientes.

Una primera parte presenta al lector una síntesis del marco conceptual básico que orienta el análisis. Se trata del denominado enfoque AVEO, un abordaje a la vulnerabilidad social que observa la interrelación de los activos familiares e individuales y la estructura de oportunidades⁴. Este modelo de análisis ve el problema de la vulnerabilidad a la pobreza y a la exclusión social como producto de la forma en que las estructuras de oportunidades del Estado, del mercado y de la comunidad distribuyen recursos de capital físico, humano y social, como éstos se plasman en las familias, y como éstas los utilizan y transmiten a sus miembros, en nuestro caso a los adolescentes.

En la segunda parte se examinan tres elementos claves en la explicación de las diferencias en materia de brecha generacional de pobreza planteadas en esta introducción. Nos referimos a las pautas de fecundidad, a la estructura y evolución del empleo, y a la estructura y evolución del gasto social. El análisis de estos tres elementos se orienta a mejorar nuestra comprensión acerca de los modos en que el Estado, el mercado y las familias contribuyen a la estratificación generacional del bienestar.

En tercer lugar, se presentan al lector los cambios en la distribución de factores de riesgo socio-familiar. Para ello se examina la evolución en la década de la proporción de adolescentes en los diferentes quintiles de ingresos de los hogares, en los diferentes tipos de familia y en los diferentes climas educativos familiares. Este punto se cierra con el análisis de la evolución entre el inicio y el final de la década, de los adolescentes que exhiben una superposición de factores de riesgo.

El último punto aborda el impacto de estas configuraciones familiares de riesgo sobre los comportamientos de riesgo de los adolescentes chilenos y uruguayos. Los resultados de análisis descriptivos en cuadros de triple entrada y de la aplicación de modelos de regresión abren el camino para la discusión del impacto del clima educativo, ingreso y tipo de familia sobre el abandono educativo y la desafiliación institucional (adolescentes que no estudian, no trabajan, ni buscan trabajo).

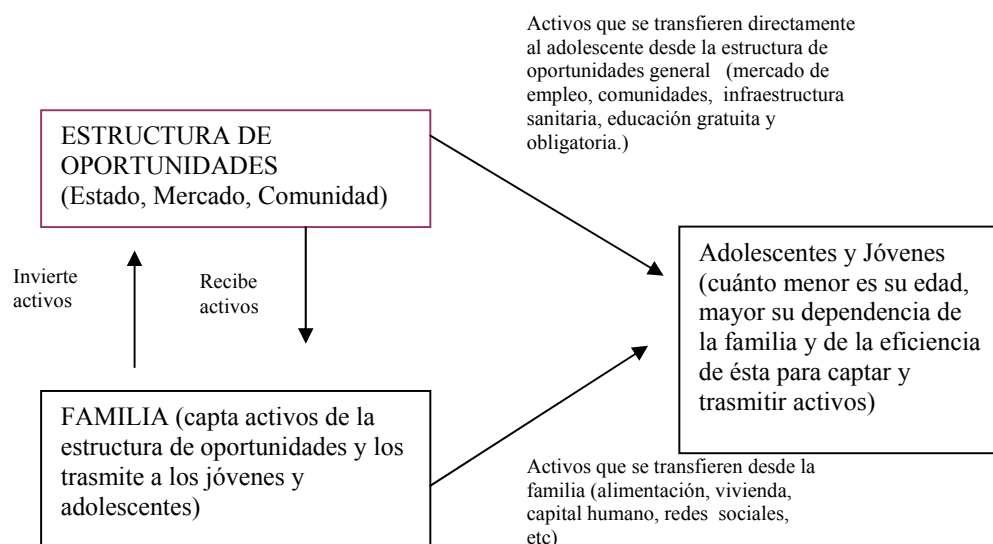
⁴ Para una presentación detallada sobre el enfoque AVEO ver; Kaztman, R. (coord) "Activos y Estructuras de Oportunidades. Estudio sobre las raíces de la vulnerabilidad social en el Uruguay", CEPAL/PNUD, Montevideo 1999; pp.21-30; Ver también, Kaztman R, Beccaria, L; Filgueira F., Golbert, L., Kessler, G., "Vulnerabilidad Activos y Exclusión Social en Argentina y Uruguay". Santiago de Chile; OIT/FORD OIT, Santiago de Chile, 1999.

Familia, adolescencia y activos

Los hogares enfrentan sus desafíos cotidianos, asumen estrategias de mediano y largo plazo, y defienden su bienestar haciendo uso de recursos materiales (capital físico), educativos y de trabajo (capital humano) y de protecciones y apoyos basados en redes comunitarias y familiares (capital social). Estos capitales conforman sus portafolios de activos. La potencialidad de esos portafolios para mejorar o defender las condiciones de vida de los hogares depende de los retornos que cada sociedad ofrece a los capitales que lo conforman. A su vez, los retornos son definidos por cada una de las estructuras de oportunidades que, desde el mercado, el Estado o desde la sociedad civil, ofrecen vías para elevar el bienestar. Los activos que manejan los hogares pueden satisfacer o no los requerimientos de acceso a esas estructuras de oportunidades.

Adicionalmente las características de las propias familias son relevantes en tanto indican la capacidad que tienen los adultos para transmitir sus activos a los niños, adolescentes y jóvenes, o para impedir que éstos incorporen pasivos. En suma, para enfrentar el análisis de la pobreza y exclusión social de los adolescentes este artículo propone un enfoque que integra las nociones de activos sociales, estructura de oportunidades y transmisión intergeneracional de activos. Un esquema como el siguiente permite una mejor visualización de lo propuesto:

FIGURA 1: FLUJO DE ACTIVOS ENTRE LOS ORDENES INSTITUCIONALES BASICOS DE LA SOCIEDAD, LAS FAMILIAS Y LOS ADOLESCENTES.

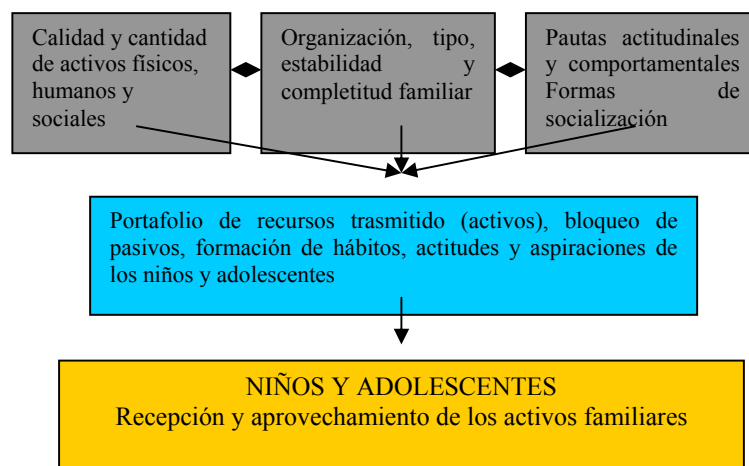


⁵ El marco para el análisis que se presenta a continuación sintetiza desarrollos conceptuales elaborados por Ruben Kaztman y Fernando Filgueira en el *Panorama de la infancia y la Familia en el Uruguay*, (2001), que fuera producido desde el Programa de Investigación sobre Integración, pobreza y exclusión social (IPES) de la Facultad de Humanidades de la Universidad Católica del Uruguay, con el apoyo del Instituto Interamericano del Niño de la OEA.

Fuente: Figura tomada de Kaztman y Filgueira (2001), Panorama de la Infancia y la Familia en el Uruguay, IPES/IIN Montevideo, Uruguay.

Las situaciones de pobreza y exclusión social adolescente se caracterizan, precisamente, no sólo por una muy baja dotación de activos de las familias y logros débiles en el aprovechamiento de la estructura de oportunidades, sino también por una baja capacidad de la unidad familiar, tanto para transmitir a los adolescentes los pocos activos con que cuenta como para impedir que éstos incorporen pasivos⁶. Ello contribuye a una alta incidencia de configuraciones tempranas de riesgo social para los adolescentes. La multidimensionalidad de las funciones familiares se grafica a continuación:

FIGURA 2: CARACTERÍSTICAS FAMILIARES QUE DETERMINAN SU CONTRIBUCIÓN AL DESARROLLO INTEGRAL DEL NIÑO Y ADOLESCENTE



Fuente: Kaztman y Filgueira (2001), op. cit.

La mayoría de las familias pobres tienen la posibilidad de movilizar recursos de distinto tipo. Nos referimos a contactos con personas, a conocimientos y destrezas laborales específicas, o a valores y actitudes que suelen facilitar logros de mayor bienestar. Pero algunos aspectos de su organización, como la falta de uno de los cónyuges, la inestabilidad de la pareja o rigideces de la estructura familiar, afectan su capacidad para transmitir esos activos a los hijos o para impedir que éstos incorporen pasivos del medio ambiente extra familiar (adicciones, propensión al delito, bajas expectativas de logro, etc.). Asimismo, hay modelos de relaciones de género y modelos de relaciones entre padres e hijos que los niños absorben a través de su experiencia cotidiana en el hogar, y que se constituyen en pasivos más que activos. Por ejemplo, la escasa valoración de la educación como vía de movilidad, la ausencia de una ética o disciplina de trabajo, la falta de respeto a normas mínimas de convivencia, la presencia de una concepción

⁶ Consideramos "pasivos" a todos aquellos hábitos de comportamiento y contenidos mentales que se transforman en obstáculos para la acumulación de activos.

tradicional de la mujer vinculada a las tareas domésticas, el recurso a la violencia antes que a la persuasión para orientar los comportamientos de los hijos, así como actitudes de resignación y fatalismo con respecto a un destino subordinado. Todos estos contenidos mentales afectan negativamente no sólo la adquisición de activos por parte de la familia, sino también la transmisión de activos a los niños y las posibilidades de éstos de acumularlos.

Si bien es cierto que la formación de pasivos en los niños no se alimenta solo de la debilidad del clima educativo familiar ni es responsabilidad única de las configuraciones actitudinales de los adultos, también es cierto que los contenidos mentales que se transfieren de padres a hijos en las primeras etapas del ciclo de vida dejan un sello permanente en la estructuración de su personalidad. Esta caja negra de relaciones intrafamiliares y pautas actitudinales y comportamentales es una usina de historias de éxitos y fracasos en la potenciación de los recursos de niños y adolescentes.

Cada una de las etapas del ciclo vital de los niños plantea riesgos específicos a su bienestar presente y futuro. El nivel de vulnerabilidad en una etapa aumenta la probabilidad de riesgos en etapas posteriores. Cada uno de las situaciones de riesgo opera como un eslabón en los mecanismos de la reproducción intergeneracional de la pobreza y de la exclusión social. En la primera infancia son centrales los riesgos de salud, y se reflejan tanto en los desenlaces trágicos de la mortalidad infantil, como en diferentes indicadores de desnutrición y de insuficiencias en el desarrollo psicomotriz. A su vez, las falencias en la salud física y mental debilitan las capacidades para hacer un aprovechamiento adecuado de los servicios que se ofrecen a nivel pre escolar, ya sea porque no se hace uso de esos servicios, porque se usan en forma irregular, o por la falta de la maduración mental mínima necesaria para incorporar estructuras básicas de aprendizaje. El efecto acumulado de las situaciones de riesgo experimentadas en la primera infancia se traduce en bajos logros académicos en la escuela primaria y en mayores probabilidades de deserción y rezago o extraedad. Riesgos similares emergen en la formación secundaria donde comienza a observarse un desgranamiento importante entre aquellos adolescentes que han acumulado pasivos que les impiden continuar sus estudios.

CLAVES EXPLICATIVAS DE LA EVOLUCIÓN DE LAS BRECHAS GENERACIONALES DE BIENESTAR EN LOS NOVENTA

3.

a. La clave demográfica: maternidad pobre y fecundidad diferencial.

La pobreza infantil y adolescente, y su relación con la pobreza general, se encuentran fuertemente determinadas por las diferencias entre los comportamientos reproductivos de las familias pobres y no pobres. En este sentido, Chile se encuentra en una situación de caída plena de la fecundidad, en tanto Uruguay presenta estabilidad de la fecundidad general y aumento de la fecundidad en los hogares pobres.

El siguiente análisis procura desagregar la contribución de diferentes factores a la pobreza infantil y adolescente. A modo de ejemplo se toma la pobreza de los niños entre 0 y 9 años y se propone la siguiente fórmula para su desagregación (siempre considerando sólo los hogares con niños entre 0 y 9 años).

$$\text{Niños pobres/Niños totales} = (\text{Niños pobres/Hogares pobres}) \times (\text{Hogares pobres/Hogares totales}) \times (\text{Hogares totales/Niños totales})$$

Cuadro 1: Estructura poblacional de la pobreza infantil (0 a 9 años)
1990-1999. Chile y Uruguay Urbano

	Chile Urbano		Uruguay Urbano		Fuente: elabora ción propia en base a encuest as INE en Urugua y y encuest
	1990	1998	1991	1999	
Hogares pobres/hogares totales	.472	.272	.363	.338	
Niños pobres/niños totales	.524	.311	.424	.422	
Niños pobres/hogares pobres	1.773	1.721	1.870	2.004	
Niños totales/hogares totales	1.597	1.501	1.602	1.602	

as CASEN en Chile.

Asumiendo que los niños por hogar representan hijos y los hogares madres individuales, esta forma de presentación de los datos permite analizar como contribuye la fecundidad de los sectores pobres y el total de mujeres madres en situación de pobreza a la pobreza infantil. También permite comparar la fecundidad diferencial de los estratos pobres y no pobres.

Si bien este ejercicio constituye sólo una primera aproximación, la evidencia que arroja es sumamente consistente y útil para entender el comportamiento diferencial de la pobreza en niños y adolescentes en Chile y Uruguay. Como puede observarse el estancamiento de la pobreza infantil en Uruguay no puede responderse aduciendo un igual número de hogares pobres. De hecho estos disminuyen en el Uruguay urbano en 3 puntos porcentuales en tanto la pobreza infantil se mantiene estable (se reduce, en rigor en sólo 0,02%.)

La explicación reside en que el número de niños pobres por hogar pasa de 1.87 a 2.00, en tanto la relación entre niños totales y hogares totales no varía (lo que señala un aumento de la relación de niños pobres a niños totales). Por su parte, el importante descenso que registró la población pobre en Chile responde tanto a la disminución de hogares pobres, como a una leve disminución de los niños pobres por hogar pobre. Ello implica que el descenso de la fecundidad de los hogares que eran pobres en 1990 tiene que haber sido mucho más marcada aún.

Y ello por una simple razón. Considérese que los hogares pobres (o vientres pobres dado nuestros supuestos) cayeron de 47% a 27% entre 1990 y 1998 en Chile. Numerosas investigaciones han constatado que cuanto más pobre el hogar mayor el número de hijos, y que cuanto mayor el número de hijos más difícil resulta superar las situaciones de pobreza. Si lo anterior se acepta como válido, se sigue de ello que los hogares que entre 1990 y 1998 permanecieron en situación de pobreza debieran tener las más altas tasas de fecundidad. A pesar de ello, los niños por hogar pobre en 1998 son menos que en 1990. En otras palabras, el 27% de los hogares chilenos que permanecían en la pobreza en 1998 presentaba en ese año niveles de fecundidad inferiores al 47% de los que en 1990 se encontraban por debajo de la línea de pobreza. Esto está indicando que, en abierto contraste con el incremento observado en los hogares pobres uruguayos, en los sectores de menores ingresos de Chile se produjo una caída importante de la fecundidad.

b. La clave del empleo

Una de las diferencias más importantes que exhiben estos dos países en los noventa es su comportamiento en materia de empleo. A partir de 1994, Uruguay presenta un incremento marcado del desempleo urbano, que se concentra en las poblaciones más jóvenes y en los sectores menos educados. Chile, por su parte, muestra una preocupante elevación de esas tasas sólo a fines de la década, luego de exhibir altas tasas de empleo en el contexto de las crecientes tasas de actividad que se registraron entre 1990 y 1998.

El problema del empleo constituye ciertamente uno de los problemas centrales de las economías latinoamericanas de fin de siglo e inicios de siglo XXI. La concentración del desempleo en la población más joven es una señal sumamente negativa para sus expectativas de inserción social. Más aún, las altas tasas de desempleo de las mujeres adolescentes y jóvenes que ya han abandonado el sistema educativo son resultado y causa a la vez de las altas tasas de embarazo adolescente, comportamiento que juega un papel crucial en la activación del círculo vicioso de la reproducción intergeneracional de la pobreza y la exclusión. Tanto Chile como Uruguay presentan en este sentido desafíos nada menores. Sin embargo, tanto las menores tasas de desempleo adolescente y joven, como la mayor presencia de estos grupos etareos en el sistema educativo colocan a Chile en una situación bastante más favorable que la de Uruguay, tanto en la población masculina como femenina.

**Cuadro 2. Tasas de desempleo masculino por grupos de edad. Chile-Uruguay.
1990-2000**

TRAMO DE EDAD	CHILE		URUGUAY	
	1990	2000	1990	2000
15-24	17.0	21.8	22.2	27.2
25-34	7.5	9.6	6.0	8.7
35-44	4.8	7.3	2.5	5.1
45 y más	5.6	7.6	3.0	5.6
TOTAL	8.1	9.9	7.3	10.8

Fuente: CEPAL, Panorama Social de América Latina 2001-2002, pgs.207-208

Las mayores tasas de desempleo juvenil masculino en Uruguay se pueden verificar aun en 1990, cuando las tasas de desempleo generales eran inferiores a las de Chile. Pero lo interesante de la comparación es que aun en el año 2000, cuando el desempleo masculino total uruguayo era mayor que el chileno, las diferencias entre ambos países se explican estrictamente por el comportamiento de la población joven. Esto es, en la población masculina de más de 25 años, las tasas de desempleo en Uruguay seguían siendo inferiores a las de Chile.

**Cuadro 3: Tasas de desempleo femenino por grupos de edad. Chile-Uruguay.
1990-2000**

TRAMO DE EDAD	CHILE		URUGUAY	
	1990	2000	1990	2000
15-24	19.1	23.7	27.5	35.2
25-34	9.8	12.5	11.0	16.3
35-44	5.8	8.9	6.4	12.5
45 y más	4.7	7.1	4.4	9.6
TOTAL	9.7	11.6	11.1	17.0

Fuente: CEPAL, Panorama Social de América Latina, 2001-2002

No pasa lo mismo con el desempleo femenino donde, con la sola excepción de las mayores de 45 años en 1990, las tasas uruguayas son superiores a las chilenas en todos los tramos de edad.

Es posible que gran parte de las diferencias en las tasas de desempleo juvenil masculino como femenino se puedan explicar por las diferencias entre Chile y Uruguay en las respectivas tasas de actividad. Pero esa explicación, por un lado, desplaza el interrogante a una fase anterior: porque la oferta de trabajo juvenil es mayor en Uruguay que en Chile? Y por otro, no afecta el hecho central que los jóvenes uruguayos que quieren trabajar se encuentran con un mercado de trabajo apreciablemente más cerrado que sus pares chilenos.

c. La clave del gasto social: el desbalance entre la inversión en capital humano y el gasto previsional para la tercera edad.

El impacto generacional del gasto social merece ser analizado a la luz de los diversos sectores que componen dicho gasto. En la edición del año 2000/2001 del Panorama Social, la CEPAL dedica un capítulo entero al análisis del aporte que realiza cada uno de los sectores a la reducción de la brecha de desigualdad general en la región. Cuando se analiza la proporción del gasto que reciben los hogares de cada uno de los quintiles de ingreso, se observa que los sectores más progresivos han sido la educación primaria y secundaria, salud y nutrición y, más rezagado, el gasto en vivienda y servicios básicos, al tiempo que la seguridad social –conjuntamente con la educación terciaria– ha demostrado ser el gasto menos progresivo de los que componen el total del gasto social. En su conjunto, el gasto social se presenta como altamente progresivo, sobretodo si se excluye del mismo a la seguridad social.

“Durante los años noventa el aumento del gasto social tuvo un efecto redistributivo relativamente mayor en los países de ingreso por habitante más bajo, debido al marcado incremento del gasto público en educación y salud. En los países de más alto ingreso por habitante, en cambio, el impacto redistributivo fue menor debido a que cerca de 50% del aumento del gasto público social correspondió a la seguridad social, su componente menos progresivo.” (pag. 116)

Si bien la CEPAL no realiza un análisis del impacto generacional del gasto social, no es aventurado afirmar que si los hogares jóvenes están desproporcionadamente representados en la pobreza, en el desempleo y, en general, en los estratos con menores ingresos, el gasto social progresivo los beneficiará en mayor medida que el gasto social neutro o regresivo. Por ello, una forma aproximada de medir los esfuerzos del gasto en términos de balance o desbalance generacional es a través de la comparación entre los gastos en salud y educación y aquellos que se realizan en seguridad social.

Los países del Cono Sur exhiben en general un importante gasto en materia de seguridad social y, en términos comparativos, una menor inversión relativa en las áreas de educación, salud, saneamiento y vivienda. Ello responde a las demandas propias de una población más envejecida que la del resto de la región, y a una alta cobertura en seguridad social. En orden de magnitud esta realidad es muy marcada en Uruguay, no así en Chile, cuyos perfiles de gasto social son notoriamente más balanceados. Ahora bien, en la medida que la población de mayor edad en estos países es heredera de modelos de integración social relativamente exitosos, y que, como se ha mostrado en este trabajo, la reproducción biológica de los hogares se va concentrando en los estratos más pobres, esta estructura del gasto se vuelve más y más regresiva. Ya en 1991 es posible constatar en estos países una relativa concentración del gasto en seguridad social, en desmedro del gasto en otras áreas⁷.

⁷ Algunos otros países de la región muestran distribuciones sectoriales del gasto social mucho más balanceadas. Por ejemplo, el gasto en seguridad social en Costa Rica en 1997 era inferior al de educación y al de salud. En Panamá era también inferior al de salud, aunque algo más elevado que el de educación. Ver CEPAL, Panorama Social de América Latina, 1998, Santiago de Chile.

Cuadro 4. Distribución sectorial del gasto social en 1991 y 1997. Chile y Uruguay
(en dólares reales per cápita de 1997)

SECTORES	CHILE			URUGUAY		
	1991	1997	CREC.	1991	1997	CREC.
Seguridad social	242	342	141.3	617	931	150.9
Salud y nutrición	72	128	177.8	161	224	139.1
Educación	89	167	187.6	135	185	137.1

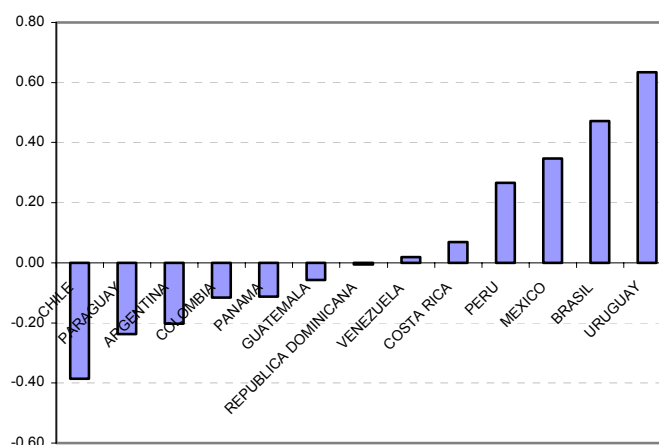
Fuente: En base a datos del Panorama Social de América Latina, CEPAL, 1998

Es interesante observar que mientras en Chile la relación entre gastos en seguridad social y gastos en educación pasó de 2.72 en 1991 a 2.04 en 1997, en Uruguay esa relación se elevó de 4.57 a 5.03 en el mismo período. Otra forma de observar este fenómeno es constatando que de cada 100 dólares gastados en seguridad social, Uruguay gastó en educación y salud 48 dólares en 1991 y 44 dólares en 1997, mientras que Chile gastó 66.5 dólares en 1991 y 86.3 dólares en 1997.

Esto es, en los últimos años la situación de desbalance generacional se agravó en Uruguay y mejoró en Chile. En otras palabras, mientras Uruguay incrementó su desbalance generacional en materia de gasto social, Chile lo reorientó hacia las áreas que más favorecen a los hogares jóvenes.

Otra forma de observar la corrección etarea del gasto social en Chile en contraste con la profundización del desbalance generacional del gasto en Uruguay surge del siguiente gráfico. En él se observa la evolución de los ratios entre el gasto en Seguridad Social y el gasto en Educación y Salud.

Variación del ratio Seguridad Social/ Educación y Salud entre 1990-91 a 1998-99



Resulta ilustrativo observar la evidencia para toda la región, ya que ello permite constatar que Chile y Uruguay se ubican en las antípodas en lo que hace a la reestructuración del gasto social. Chile incrementa notoriamente la participación del gasto tradicionalmente orientado a infancia y adolescencia (educación y salud) en tanto Uruguay incrementa, justamente, el gasto orientado a la tercera edad (seguridad social).

DISTRIBUCIÓN Y CONFIGURACIÓN FAMILIAR DE ACTIVOS: INGRESO, EDUCACIÓN Y CAPITAL FAMILIAR

4.

Las situaciones de riesgo a las que están expuestos los adolescentes dependen en gran medida del portafolio de activos de sus familias. Los ingresos de éstas afectan ciertamente las chances de su integración futura, pero la investigación ha demostrado que hay por lo menos otros dos factores que predicen ese nivel de exposición al riesgo: el clima educativo familiar y los tipos de familia en que viven y crecen los adolescentes y jóvenes.

Las preguntas básicas que nos formulamos alrededor de este punto son dos: cuáles son las características de los hogares chilenos y uruguayos que tienen adolescentes entre 12 y 17 años y qué cambios experimentaron durante la década de los noventa. Para responderlas se considerarán tres dimensiones: la primera, que toma el ingreso como un proxy del capital físico del hogar, ubica a los adolescentes según el quintil de ingresos per cápita de sus hogares. La segunda, se refiere al capital humano del hogar y considera el promedio de años de estudio del padre y de la madre (en el caso de familias monoparentales solo del padre o madre presente). La tercera se detiene en el grado en el cual las familias con adolescentes presentan estructuras mas formales (biparentales y en unión legal) o más informales (monoparentales y biparentales pero en unión libre).

En forma sucinta, los principales resultados para el período 1990 a 1999 muestran que los hogares con adolescentes en los dos países se ubican desproporcionadamente en los quintiles de más bajos ingresos, que mejoraron el capital educativo del hogar y que la organización de la familia se hizo más precaria.

Dentro de esa pauta general, Uruguay tuvo el peor desempeño. El porcentaje de hogares con adolescentes en el primer quintil pasó del 34.2% al 39.5%. Chile, en cambio, sólo registra un ligero empobrecimiento del 1%. No sorprende que Uruguay, cuyos adolescentes se concentraban fuertemente en el primer quintil debido a los diferenciales de fecundidad entre estratos, y en el cual los logros económicos no fueron tan destacados como en Chile, registre el mayor incremento relativo de los hogares con adolescentes en situación de pobreza. Cuando se examinan en términos de sustentabilidad del desarrollo social y económico, los datos anteriores constatan la reducción de la proporción de futuros jóvenes y adultos que transitan su adolescencia

en situación de relativo privilegio en la estructura de estratificación general de la sociedad.

Cuadro 5. Distribución de los Hogares con adolescentes entre 12 y 17 años, según quintiles de ingreso per cápita del total de los hogares. Chile y Uruguay (1990-1999/8).

Quintiles	URU 91	URU 99	CHIL 90	CHIL 98
Quintil 1	34.2	39.5	26.6	27.5
Quintil 2	24.7	25.0	24.1	24.4
Quintil 3	18.2	16.9	20.8	19.0
Quintil 4	13.6	11.0	15.3	16.8
Quintil 5	9.2	7.6	13.1	12.3
Total	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Elaboración propia en base a las encuestas de Hogares en Uruguay y encuesta CASEN para Chile.

Los dos países han experimentado procesos de larga data de crecimiento continuo de la escolarización. El cuadro siguiente, que registra como se ha traducido esa tendencia en el capital educativo del hogar, deja pocas dudas acerca de la mejoría que en este aspecto muestran ambos países a lo largo de la década. Chile manifiesta una pujante ampliación de su cobertura educativa que se refleja en la significativa reducción de los hogares con más bajo capital educativo y en el aumento de aquellos con niveles correspondientes a la enseñanza media y superior. En Uruguay, la tendencia si bien similar, presenta guarismos notoriamente más bajos. De hecho, mientras el porcentaje de adolescentes en hogares con 7 a 9 años de escolaridad promedio de sus adultos desciende marcadamente en Chile, correspondiendo a un incremento de los dos tramos educativos superiores, en Uruguay permanece estable.

Cuadro 6. Distribución de los hogares urbanos con adolescentes entre 12 y 17 años, según clima educativo del hogar. Chile y Uruguay (1990 y 1998/9).

CLIMA EDUCATIVO ^a	URUGUAY		CHILE	
	1991	1999	1990	1998
Hasta 6 años	45.3	35.9	42.2	29.8
De 7 a 9 años	30.5	31.3	31.9	23.1
10 y más años	24.1	32.8	25.8	47.2
Total	100%	100%	100%	100%

Fuente: Elaboración propia en base a las Encuestas de Hogares nacionales de los años respectivos. a/ Años de escolarización promedio del Jefe del Hogar y del/la Cónyuge.

Por último, cuando se observan las diferencias entre países con respecto al tipo de organización familiar todo indica que Chile, además de avanzar con cierto rezago en la primera transición demográfica, también lo hace en la segunda transición. Los hogares

monoparentales se mantienen prácticamente en el mismo valor a lo largo de la década y los formados en unión libre casi se duplican, pero partiendo de niveles bajos. A su vez, la proporción en 1990 de hogares típicos, con los miembros de la pareja casados, es más elevada que en Uruguay, incrementándose la brecha entre ambos países en 1998. El temprano avance de las nuevas formas de conformación de la familia en Uruguay se manifiesta en muy altos niveles de monoparentalidad y unión libre al inicio de la década, y en un importante crecimiento, especialmente de la monoparentalidad, entre 1990 y 1998.

Cuadro 7. Distribución de las familias con adolescentes entre 12 y 17 años según tipo. Chile y Uruguay (1990-1999)

TIPO DE FAMILIA	URUGUAY		CHILE	
	1991	1999	1990	1998
MONOPARENTAL	19.2	23.0	20.4	19.8
UNION LIBRE	9.1	11.2	05.8	10.6
UNION LEGAL	71.6	65.8	73.4	69.6
TOTAL	100%	100%	100%	100%

Fuente: Elaboración propia en base a Encuestas de Hogares para los años respectivos y CASEN para Chile.

El examen de estos resultados sugiere que a lo largo del período estudiado las condiciones contextuales del hogar en el que crecen y se socializan los adolescentes experimentó el tipo de deterioro que suele acompañar algunas de las tendencias principales de la segunda transición demográfica. No obstante, esta interpretación en términos de “deterioro” requiere cierta cautela. Como ya se señalara, no hay ninguna razón conceptual para asumir que los hogares unipersonales o los formados mediante unión consensual son necesariamente más precarios o inestables que los otros. Es cierto que la monoparentalidad está asociada a la jefatura femenina y supone cargas adicionales sobre la mujer, pero este tipo de carencia puede ser compensada por otro tipo de mecanismos (por ejemplo, hogar extendido, transferencias económicas del ex-esposo, dedicación y atención del mismo a sus hijos a pesar de la separación, ayuda de familiares de fuera del hogar, ampliación de servicios públicos de protección integral a la infancia, etc.). También es cierto que, a pesar de la precariedad formal del vínculo no legalizado, las uniones libres pueden ser sustantivamente tan estables como otro tipo de parejas.

La atribución de mayor precariedad a ambas configuraciones familiares proviene más bien de los resultados de los estudios empíricos y de las evidencias provenientes sobre todo del comportamiento de los estratos urbanos populares. Esos resultados sugieren diferencias entre los modelos de padre-madre y esposa-esposo de acuerdo a género. Mientras que la gran mayoría de las mujeres perciben diferencias claras entre los roles de madre y esposa, tal percepción no sería tan frecuente entre los hombres. Ello hace más probable que el hombre se sienta menos comprometido con su prole que la mujer cuando el matrimonio se disuelve. Algunas hipótesis con respecto a la “irresponsabilidad” de los hombres respecto a la familia parten de este tipo de consideraciones. En este sentido, puede argumentarse que precisamente en los

estratos bajos y entre los sectores más vulnerables, los mecanismos legales de protección a la mujer ante la eventualidad de la separación o el divorcio resultan menos efectivos. Ello tiene que ver, no solamente con la mayor incidencia de marginalidad y exclusión social en estos grupos, sino con las dificultades que encuentran los mecanismos legales de transferencia de recursos del padre a la familia para actuar efectivamente cuando predominan condiciones de informalidad y fuerte incertidumbre laboral.

El significado de todas las diferencias señaladas podría revestir mayor gravedad si las situaciones a las que hacen se combinaran en forma consistente, dado que cuanto más consistentes sean las configuraciones familiares negativas (i.e. bajo clima educativo, precariedad familiar, bajos ingresos) más “dura” será la situación de riesgo, y más probable su traducción en comportamientos de riesgo de los adolescentes en esos hogares. Al respecto es importante destacar que ya a inicios de la década Uruguay presentaba una superposición de riesgos mayor que la que exhibía Chile, con un mayor porcentaje de adolescentes en hogares que combinaban los peores valores en cada variable. Como se puede observar en el cuadro 8, esas diferencias se mantenían al finalizar el siglo XX.

Cuadro 8. Porcentaje de adolescentes de 12 a 17 años en familias monoparentales o biparentales en unión libre por quintil de ingresos y clima educativo del hogar, sobre el total de familias con adolescentes de esa edad. Chile y Uruguay urbanos, circa 1999

Quintil de ingresos per cápita del hogar	Clima Educativo del Hogar	CHILE URBANO	URUGUAY URBANO
1	Hasta 6	3.8	9.0
	7 a 9	2.9	5.8
	10 y más	2.0	2.9
	Total	8.7	17.6
2	Hasta 6	2.1	3.1
	7 a 9	2.4	2.6
	10 y más	2.9	1.9
	Total	5.8	7.6
3 a 5	Hasta 6	3.0	2.1
	7 a 9	3.7	2.5
	10 y más	9.8	4.3
	Total	16.5	8.9

Fuente: elaboración propia en base a Encuesta de Hogares INE Uruguay y Encuesta CASEN Chile.

En efecto, mientras un 6.7% de los adolescentes chilenos se encuentran en hogares que combinan clima educativo bajo (9 años o menos), ingresos bajos (primer quintil), y

familias monoparentales o en unión libre, esa proporción asciende en Uruguay a más del doble (14.8%). De hecho a lo largo de la década las diferencias entre Chile y Uruguay, especialmente en el quintil más pobre, tienden a incrementarse en el sentido de mayor riesgo para los adolescentes uruguayos.

El punto que sigue explora, en forma sucinta, la significación del impacto de los portafolios de activos familiares que a los ingresos bajos y al bajo clima educativo suman las nuevas configuraciones familiares, sobre el incremento de la vulnerabilidad adolescente y la merma de sus posibilidades de adquisición de activos para una eventual emancipación exitosa.

CONFIGURACIONES FAMILIARES DE RIESGO Y COMPORTAMIENTO DE RIESGO ADOLESCENTE. 5.

Hemos constatado que la evolución de las brechas de bienestar intergeneracional medida por las diferencias en la incidencia de la pobreza en distintos grupos etéreos, presentan en Uruguay una evolución más negativa que en Chile. También se ha mostrado que estos dos países exhiben claras diferencias en cuanto a los comportamientos reproductivos de pobres y no pobres, al impacto de los cambios del mercado de trabajo sobre las posibilidades de incorporación de distintos grupos etéreos, así como en la estructura y evolución de sus gastos sociales. Finalmente, hemos constatado que en el caso Uruguayo, a la situación de riesgo social derivada de una mayor proporción de adolescentes en los quintiles más pobres de ingresos, se agrega un clima educativo promedio más bajo en sus hogares y una mayor precariedad en los arreglos familiares, que entre sus pares chilenos.

Para terminar con la exposición de datos comparados, veamos cual es el impacto en ambos países de las situaciones de riesgo antes descritas sobre un indicador importante de comportamientos de riesgo. Nos referimos al porcentaje de adolescentes que no estudian, ni trabajan ni buscan trabajo. Al reflejar situaciones de desafiliación institucional de su esfera natural (la educativa) y de las esferas adultas (mercado laboral), este indicador permite captar comportamientos adolescentes que señalan desvinculaciones con las fuentes principales de adquisición de activos que resultan lo suficientemente importantes como para alertar sobre eventuales futuros de exclusión social. Los datos de alrededor de 1999, muestran que la proporción de adolescentes urbanos que mostraban este comportamiento de riesgo en Uruguay (9%) más que duplicaba la proporción que encontrábamos en Chile (4.1%)

Cuadro 9. Porcentaje de adolescentes de 12 a 17 años que no estudian, ni trabajan ni buscan empleo, según quintil de ingreso de sus hogares, y clima educativo y tipo de constitución de sus familias. Chile y Uruguay urbanos, circa 1999.

Quintil de	Clima educativo	Uruguay urbano 1999	Chile urbano 1998
		Tipo de familia	Tipo de familia

ingresos del hogar	familiar (años de estudio)	Mono Parental	Unión Libre	Jefe y cónyuge casados	Mono parental	Unión Libre	Jefe y cónyuge casados
1	Hasta 6	18.4	23.3.	16.5	12.4	11.9	9.0
	De 7 a 9	19.8	19.4	11.4	15.8	10.2	2.3
	10 y más	12.5	14.6	6.1	4.9	13.9	0.5
2	Hasta 6	14.2	13.0	7.1	13.4	18.8	6.2
	De 7 a 9	4.7	20.1	3.3	4.4	17.5	4.5
	10 y más	4.3	14.5	3.6	5.5	3.5	1.8
3 a 5	Hasta 6	7.9	12.3	4.2	10.4	9.0	5.2
	De 7 a 9	1.8	16.3	1.8	3.2	9.4	1.6
	10 y más	3.8	00.0	1.5	2.4	5.5	0.8

Fuente: elaboración propia en base a encuestas de hogares de Uruguay (INE) y encuesta CASEN de Chile.

Como se desprende de la lectura del cuadro, en ambos países los adolescentes que presentan estos comportamientos se concentran en las situaciones familiares de mayor riesgo, y cualquiera de los indicadores de dichas situaciones de riesgo estratifica los niveles de desafiliación institucional de los adolescentes. Caben destacar algunos hallazgos

- i. Como ha sido señalado en estudios anteriores, los arreglos familiares que se asocian más fuertemente al riesgo de desafiliación institucional son aquellos donde los cónyuges se encuentran en unión libre y no los monoparentales (como muchos podían suponer). Ello sugiere que en los quintiles más pobres la unión libre denota efectivamente precariedad y, muy posiblemente, la presencia transitoria de hombres en hogares esencialmente monoparentales.
- ii. Una segunda constatación es que, si bien el ingreso favorece la afiliación institucional de los adolescentes, el grado de protección que se le asocia es notoriamente menor que el que brinda el clima educativo del hogar.
- iii. Pero el tercer resultado, y posiblemente el más significativo, es que las situaciones de riesgo asociadas con la pobreza (ver los adolescentes en los hogares del primer quintil de ingresos) parecen tener en Uruguay un impacto mayor sobre la emergencia del tipo de comportamiento de riesgo que estamos considerando.

Aunque este modelo descriptivo permite avanzar notoriamente en términos de inferencias causales, la interpretación de sus resultados plantea problemas que deben considerarse. En primer lugar, no presenta la significación estadística de las diferencias encontradas. Segundo, el análisis explota sólo parcialmente la riqueza de información que proveen las variables de ingreso y educación. Esto es, cuando afirmamos que existen diferencias relevantes entre los tipos de familia en lo que hace a sus efectos sobre la desafiliación institucional “controlando por nivel de ingreso”, en rigor sólo estamos controlando los efectos de grandes tramos de ingreso del hogar. No tomamos en cuenta, por ejemplo, que al interior del primer quintil de ingresos la presencia de

hogares de tipo monoparental puede estar sistemáticamente asociada a los hogares más pobres de ese grupo. Si ese fuera el caso, las diferencias observadas en los porcentajes de desafiliación institucional entre hogares monoparentales y hogares con jefe y cónyuge casados al interior del quintil uno, podrían deberse no ya a los tipos de familia sino a los efectos de la variación de los ingresos en este quintil y su asociación intra quintil con los tipos de familia. En definitiva estaríamos ante una asociación espúrea, que queda oculta cuando se explota solo el nivel ordinal de la variable ingreso.

Los argumentos anteriores nos llevan a abordar un modelo de regresión que permita, por un lado, trabajar con medidas de intervalos y, por otro, establecer si los efectos de las mismas resultan significativos bajo ciertas exigencias estadísticas. La variable dependiente es en este caso un indicador de vulnerabilidad menos radical que aquél que consideráramos en los cuadros trivariados. En tanto en el análisis anterior se centró en los adolescentes que no estudian ni trabajan ni buscan trabajo, en este modelo se tomó como variable dependiente a los que no asisten a establecimientos educativos formales. Si bien se trabajaron los mismos factores causales, salvo en el caso de tipo de familia (en donde se usan dos variables “dummy”), el nivel de medición adoptado para el tratamiento del ingreso y del clima educativo del hogar fue de intervalos.

Cuadro 10. Resultados de regresión máxima verosimilitud (Logit). Coeficientes probabilísticos. Efecto del Ingreso familiar, clima educativo del hogar y tipo de hogar sobre la asistencia de adolescentes entre 12 y 17 años al sistema educativo formal.

	Uruguay, 1998	Chile, 1999
	Exp(B)	Exp(B)
Ingreso x 1000	0.782	0.963
Clima Educativo	0.879	0.863
Monoparentalidad	1.601	1.389
Unión Libre	2.095	1.845
Constante	0.786	0.326

Fuente: Elaboración propia en base a ECH, Uruguay y CASEN, Chile. Todos los coeficientes son significativos ($p < 0.01$). Un valor menor a 1 implica una disminución de las probabilidades de no asistir, un valor mayor a uno un incremento de dichas posibilidades.

Los resultados muestran que tanto en el caso de Chile como en el de Uruguay el clima educativo, el ingreso familiar, y los tipos de familia poseen efectos significativos sobre la probabilidad que los adolescentes asistan o no al sistema educativo formal.

El coeficiente Exp (B) de cada país establece las probabilidades adicionales que las variables generan sobre las chances de asistencia. Ello significa que una unidad adicional de la variable independiente genera un porcentaje x de menores o mayores chances de no asistencia al sistema educativo. Una lectura inicial del coeficiente de ingreso indicaría que el mismo genera un efecto muy pequeño. Sin embargo debe considerarse que estos no son coeficientes estandarizados. En otras palabras 1000

unidades más (considérese que el ingreso en Uruguay, por ejemplo varía entre 100 y 60.000 aproximadamente, en tanto en Chile el rango es mucho mayor) generarían un incremento de la asistencia en términos probabilísticos del 22% más que la probabilidades promedio o constantes del modelo en Uruguay. y de poco menos del 4% en Chile (aunque de multiplicar por 10.000 unidades, sería del 40%). Por su parte, tanto en Chile como Uruguay un año más en el promedio educativo de los adultos del hogar incrementa las chances de asistencia entre un 12 y un 13%.

Sin embargo, los datos más interesantes que surgen de la comparación refieren a los tipos de familia. La unión libre más que duplica las chances de no asistencia de los adolescentes al sistema educativo en Uruguay, mientras que en Chile esas chances se incrementan en un 84%. Aunque en forma más moderada, algo similar ocurre con el efecto de los hogares monoparentales: los adolescentes uruguayos incrementan sus probabilidades de no asistencia en un 60%, en tanto sus pares chilenos lo hacen en un 39%.

Más allá de otras interpretaciones que puedan extraerse de los cuadros y de los análisis “logit” presentados, a esta altura resulta claro que los recursos materiales y educativos de las familias, sumados a su organización y capacidad de transmisión de activos, son fuentes sumamente significativas de los recursos y pasivos con que los adolescentes deberán enfrentar su futura emancipación. En los casos más críticos, conducirán a que la misma se produzca en forma temprana y precaria, anticipando un futuro de exclusión social, pobreza y reproducción intergeneracional de esas situaciones. También resulta claro que se manifiestan dos diferencias entre Chile y Uruguay cuya consideración señala aspectos preocupantes de las tendencias en Uruguay. En primer lugar, y especialmente en los quintiles más pobres, los avances en el clima educativo del hogar parecen tener en Chile un efecto de prevención de comportamientos de riesgo adolescente mucho más claro que en el caso uruguayo. En segundo lugar, el impacto negativo de las configuraciones familiares no tradicionales también resulta mucho más marcado en el caso uruguayo que en el chileno.

La comparación arroja entonces un cuadro en el que, pese a la similitud de sus indicadores de pobreza, Uruguay coloca a una mayor proporción de adolescentes en situación de riesgo y traduce esas situaciones en comportamientos de riesgo en mucha mayor medida que Chile. Todo ello favorece la presencia de rutas de emancipación de adolescentes y jóvenes mucho más propensas a la generación de jóvenes adultos pobres y vulnerables a la exclusión social, con el consiguiente riesgo de reproducir esas situaciones en la generación siguiente.

d. Adolescencia, juventud y emancipación precaria: Género, clase, clima educativo y edad como determinantes en una comparación de países.

Los adolescentes de quienes hemos estado hablando deberán en algún momento de sus vidas finalizar sus estudios o abandonarlos, obtener remuneraciones a través del trabajo y eventualmente casarse o formar pareja.

Cuadro 11
Adopción de roles adultos por Ingresos y Sexo
Chile y Uruguay, 1998

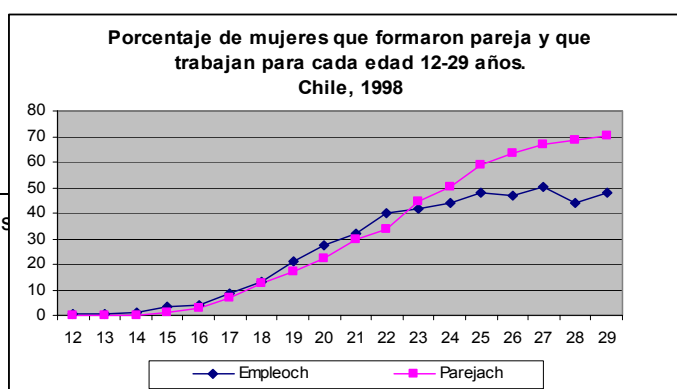
País	Edad	Cuartil de Ingreso	Abandona estudios		Se Emplea		Se Casa o se une	
			Hom.	Muj.	Hom.	Muj.	Hom.	Muj.
Urug	15 años	1	43.9	35.4	25.1	6.9	1.3	3.7
		2 y 3	9.2	8.1	11.3	4.6	---	3.1
	18 años	1	75.5	63.9	46.6	28.2	5.2	16.1
		2 y 3	55.4	46.8	53.2	26.5	1.1	14.7
Chile	15 años	1	18.3	17.1	4.2	3.9	---	2.7
		2 y 3	14.8	7.9	8.6	2.7	0.5	0.8
	18 años	1	48.9	49.2	25.1	7.5	6.5	14.5
		2 y 3	42.0	44.2	33.1	15.9	1.3	13.9

Fuente: Filgueira, Filgueira y Fuentes, 2003.

El primer dato que sorprende y preocupa es la altísima proporción de hombres y en menor medida mujeres adolescentes que han abandonado los estudios en el cuartil más pobre de ingresos en el Uruguay. A los 15 años, un 44% de los adolescentes hombres así lo han hecho y casi un 35% de sus pares mujeres. El descenso brusco, a niveles inferiores a los de Chile, que se produce al movernos a los dos cuartiles siguientes sugiere que Uruguay está desarrollando una brecha entre sus sectores más humildes y los sectores medios que amenaza con la exclusión de amplios sectores de población y la consecuente profundización de procesos de fragmentación social. A su vez, el caso chileno confirma una vez más sus logros en retención tanto para hombres como para mujeres⁸.

Cuando pasamos a los jóvenes de 18 años, se observa que Uruguay exhibe una muy baja capacidad de retención, una incorporación demasiado temprana al mercado laboral, aunque no en la formación de parejas. Por su parte, Chile presenta porcentajes de varones empleados en esta edad marcadamente mayores que los de las mujeres de la misma edad, mientras que lo contrario pasa en materia de matrimonio y unión, lo que sugiere un peso importante de los marcos tradicionales en la asignación de roles por género. El examen de las curvas de emancipación en empleo y estado civil, para hombres y mujeres, da fundamento a esta interpretación.

Gráfico 1

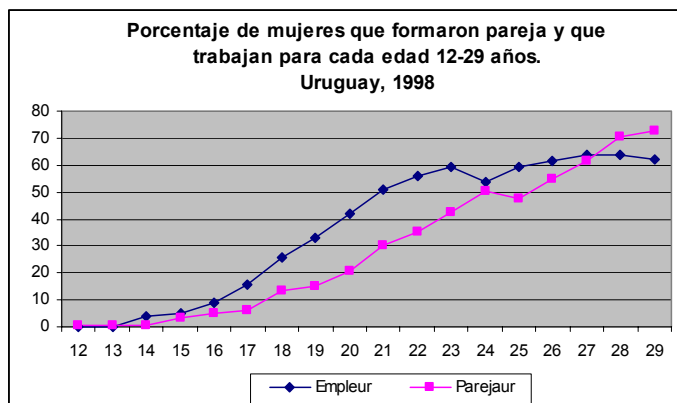


⁸ Cabe aclarar que no s

de su estratificación.

Fuente: Elaboración propia en base a encuestas CASEN, 1998.

Gráfico 2



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta de Hogares, 1998

Como se desprende de los gráficos anteriores, los niveles de participación laboral en Chile alcanzan al 50% de las mujeres recién a los 25 años, mientras que los niveles correspondientes son alcanzados por las mujeres uruguayas ya a los 21 años. La combinación de la pauta de nupcialidad o formación de pareja e ingreso al mercado laboral sugiere que, en el caso de las mujeres chilenas, el casamiento es más una opción de emancipación tradicional y en muchos casos excluyente del mercado laboral, que en el caso de Uruguay, donde el peso de dicha pauta tradicional es mucho más débil.

El escenario que emerge del análisis hasta aquí realizado es alentador en el caso de Chile y preocupante en el caso de Uruguay. En tanto el primer país disminuye su brecha generacional y la proporción de adolescentes en situación de pobreza, el segundo mantiene altos niveles de pobreza adolescente e incrementa levemente la brecha entre éstos y la población general. Ello implica que Uruguay está colocando a una mayor proporción de sus futuros jóvenes y adultos en situación de riesgo social, con el agravante que esa situación de riesgo se traduce ya en una mayor proporción en comportamiento de riesgo de los adolescentes. En otras palabras, mientras que Uruguay coloca más adolescentes en situación de pobreza y éstos exhiben comportamientos que favorecen la reproducción intra e intergeneracional de esos fenómenos, las condiciones que se están gestando en Chile parecen reducir, tanto la proporción de futuros adultos en situación de riesgo, como la emergencia de comportamientos que contribuyen a la reproducción de la pobreza.

La explicación de estas regularidades es materia de otra investigación. Pero aquí podemos adelantar algunas conjeturas sobre posibles determinantes. Sospechamos que las claves para dar cuenta de estas diferencias se encuentran en el desbalance generacional mencionado en la primera parte de esta exposición, desbalance que en Uruguay se refleja, entre otras cosas, en un fuerte estrechamiento de las avenidas de movilidad social para un conjunto de adolescentes pobres, que, como hemos visto, alcanzan casi al 40% de ese grupo etareo.

Los mercados de trabajo están más cerrados para los jóvenes uruguayos. Además de la escasa capacidad de absorción de empleo de la estructura productiva, es posible que parte de ese cierre relativo se deba a la incertidumbre laboral que genera en la población adulta tanto la dinámica de funcionamiento de las nuevas modalidades de acumulación, como la experiencia reciente de estancamiento económico. Esa incertidumbre puede haber activado resistencias en las generaciones ya incorporadas al mercado laboral en defensa de un fuerte legado de protecciones y seguridades asociadas al trabajo. En cuanto al sistema educativo en Uruguay, las inversiones realizadas, si bien importantes a partir de la reforma, no parecen haber sido suficientes, a la fecha considerada, como para crear las condiciones que favorecieran la retención de los adolescentes en las etapas superiores del ciclo secundario, ni tampoco parecen haber estado orientadas a la búsqueda de un mejor ajuste con las nuevas exigencias del mercado laboral. La consecuente debilidad de las señales que emite dicho mercado en cuanto a la asociación entre años de estudios y logros ocupacionales contribuirían a explicar las relativamente altas tasas de deserción que exhibía al final de los noventa el sistema educativo uruguayo⁹.

⁹ Los datos más recientes que surgen del sistema educativo arrojan buenas noticias en este sentido y conducen a moderar el pesimismo hasta aquí manejado respecto al caso uruguayo. En efecto, entre el año 1999 y el año 2002, los datos que muestran un aumento de las tasas de asistencia, el incremento de la matrícula y la caída de la deserción en el ciclo secundario, coinciden en señalar una significativa expansión educativa, al menos en los que hace a la permanencia en el sistema.

En Chile, en cambio, la existencia de un mejor ajuste entre las estructuras de oportunidades que controlan el mercado y el Estado, parecen haber creado condiciones favorables para que los jóvenes confíen en que sus logros educativos serán recompensados con logros en el mercado laboral, estimulando de este modo la permanencia en el sistema educativo y generando mayores esperanzas en cuanto al mejoramiento de las condiciones de vida a través del propio esfuerzo.

De este modo, todo parece indicar que se ha producido en estas sociedades un giro social que pone en cuestión las imágenes prevalecientes en la región a propósito de cada una de ellas. Si bien en los albores del siglo XXI Chile persiste como sociedad estratificada y fuertemente desigual - de hecho presenta el coeficiente de Gini más alto de la región luego de Brasil, sin embargo, y a pesar que no parecen haberse debilitado las barreras simbólicas a la interacción entre clases y estratos, ese país parece avanzar hacia un modelo más integrado de sociedad. Esto quiere decir que, tanto en sus pautas culturales como en su orientación y posibilidades de incorporación a los circuitos sociales principales, los chilenos son hoy más iguales que antes, aún cuando esos circuitos admitan un fuerte ordenamiento, no solo de nivel económico, sino también de status social. Tal vez lo que resulta más importante es lo que tiene que ver con sus futuros adultos. Para ellos Chile presenta un escenario que, sin carecer de importantes desafíos, parece más alentador que el que presenta Uruguay.

En lo que hace a Uruguay, es cierto que una parte importante de la población uruguaya pertenece a la sociedad de cercanías, y que aun hoy presenta niveles de desigualdad bajos en el contexto regional. También es cierto que sigue siendo una sociedad con una relativamente baja tolerancia a la desigualdad. Sin embargo, cuando concentramos nuestra atención en la situación actual de sus niños, adolescentes y jóvenes se atisba, y por momentos se manifiesta, una sociedad muy distinta a la imagen idealizada del pasado. Los problemas de empleo entre los jóvenes, un Estado social orientado a la tercera edad, y la presencia de una estructura familiar que en los sectores de menores ingresos combina los aspectos más problemáticos de la segunda transición demográfica sin haber solucionado los propios de la primera, empiezan a producir una generación fragmentada, entre los que estarán dentro y los que estarán fuera del sistema social, económico y normativo. En este sentido, la sociedad de cercanías en la población que se encuentra más cerca del final que del principio de la vida. En segmentos importantes de la población infantil, adolescente y joven, en cambio, aquella sociedad de cercanías estaría mostrando signos indudables de discontinuidad, y aún de exclusión social.

En nuestro artículo no procuramos responder a las preguntas ni sustentar estas afirmaciones con el facilismo del crecimiento económico diferencial favorable a Chile – que pesa sin duda, pero que no responde todo- ni de modelos económicos liberales y estatistas, aspecto éste ciertamente más discutible, tanto en los valores que asumiría cada país como en los efectos diferenciales de esos modelos sobre lo aquí afirmado. La idea que orientó nuestra exploración es que las claves de los futuros sociales de estas naciones son, en buena medida, generacionales. Generacionales en lo que respecta a la distribución del bienestar, en lo que hace a las configuraciones de las situaciones de

riesgo social a las que están expuestos los futuros adultos, y también en las formas en que se manifiestan esas configuraciones en los comportamientos de riesgo de los actuales adolescentes.

Cuando el análisis se orienta por estas claves, Chile y Uruguay aparecen en la última década como países con dos modelos diferentes de distribución del bienestar entre generaciones. Y también como dos países diferentes en lo que respecta a los resultados de esta distribución del bienestar en dos aspectos centrales: configuraciones familiares de riesgo y comportamientos adolescentes de riesgo. En tanto Chile presenta, en 1998, brechas moderadas entre el bienestar de la población infantil y adolescente y la población adulta, Uruguay presenta uno de los peores niveles de desbalance generacional en la región. Estas diferencias implican que más allá de los promedios de bienestar, la forma en que se distribuye ese bienestar entre grupos etéreos está colocando amenazas diferentes a la sustentabilidad del desarrollo económico y social de cada país.